

NEW LEFT REVIEW 80

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO JUNIO 2013

ENTREVISTA

G. M. TAMÁS Palabras desde Budapest 7

ARTÍCULO

RÉGIS DEBRAY ¿La decadencia de Occidente? 31

POLÉMICA

ASEF BAYAT Malos tiempos para la revolución 49

TARIQ ALI Entre el pasado y el futuro 65

ARTÍCULOS

PETER NOLAN Archipiélagos imperiales 81

BENEDICT ANDERSON Los no galardonados 101

SVEN LÜTTICKEN El *performance art* después de la tv 113

CRÍTICA

KOZO YAMAMURA Estancamiento sistémico 138

KHEYA BAG La dinastía de Delhi 147

IAN BIRCHALL Descubrir el Tercer Mundo 158

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

MALOS TIEMPOS PARA LA REVOLUCIÓN

EN 2011 LOS levantamientos en el mundo árabe fueron celebrados como acontecimientos históricos que iban a redefinir el espíritu político de nuestra época. La asombrosa envergadura de aquellos levantamientos de masas, seguidos poco después por las protestas del movimiento Occupy, dejaban pocas dudas a los observadores de que estaban presenciando un fenómeno sin precedentes: «algo totalmente nuevo», «con un final abierto», «un movimiento sin nombre»; revoluciones que anunciaban una nueva vía a la emancipación. Según Alain Badiou, la plaza de Tahrir y todas las actividades que tuvieron lugar allí –enfrentamientos, barricadas, acampadas, debates, abastecimiento y cuidado a los heridos– constituían el «comunismo del movimiento»; ese concepto universal, planteado como una alternativa al Estado convencional, liberal-democrático o autoritario, anunciaba un nuevo modo de hacer política, una auténtica revolución. Para Slavoj Žižek, solo esos *happenings* políticos «totalmente nuevos», sin organizaciones hegemónicas, liderazgos carismáticos o aparatos de partido, podían generar lo que él llamaba la «magia de Tahrir». Para Hardt y Negri, la Primavera Árabe, las protestas de los indignados en Europa y Occupy Wall Street expresaban el ansia de la multitud de una «democracia real», un tipo diferente de ente político capaz de sustituir la variedad liberal sin esperanzas hecha jirones por el capitalismo empresarial. Esos movimientos representaban, en suma, las «nuevas revoluciones globales»¹.

¹ Keith Kahn-Harris, «Naming the Movement», *Open Democracy*, 22 de junio de 2011; Alain Badiou, «Tunisia, Egypt: The Universal Reach of Popular Uprisings», disponible en www.lacan.com; Michael Hardt y Antonio Negri, «Arabs are democracy's new pioneers», *The Guardian*, 24 de febrero de 2011; Paul Mason, *Why It's Kicking Off Everywhere: The New Global Revolutions*, Londres, 2012, p. 65.

«Nuevas», sin duda; pero ¿qué añade esa «novedad» a la naturaleza de esos levantamientos políticos? ¿Qué valor les atribuye? De hecho, precisamente mientras esos confiados elogios circulaban por Estados Unidos y Europa, los propios protagonistas árabes se mostraban atribulados sobre la suerte de sus «revoluciones», presintiendo el peligro de la restauración conservadora o de su secuestro por arribistas desaprensivos. Dos años después de la caída de los dictadores en Túnez, Egipto y Yemen, poco ha cambiado en las instituciones estatales o en las bases de poder de las viejas elites. Policía, ejército, aparato judicial, medios controlados por el Estado, elites de negocios y redes clientelistas de los viejos partidos gobernantes, todo permanecía más o menos intacto. El hecho de que los gobernantes militares provisionales egipcios hubieran impuesto la prohibición de las huelgas y llevado a más de 12.000 activistas ante los tribunales militares sugiere que había algo muy peculiar en el carácter de esas «revoluciones».

En cierto sentido, esas reacciones divergentes –alabanza y tribulación– reflejaban la realidad paradójica de las «revoluciones» árabes, si entendemos por «revolución» la transformación rápida y radical de un Estado, impulsada por movimientos populares desde abajo. Las opiniones enfrentadas reflejaban la profunda divergencia entre dos dimensiones clave de la revolución: *movimiento* y *cambio*. Las crónicas laudatorias se centraban principalmente en la «revolución como movimiento», esto es, en los dramáticos episodios de gran solidaridad y sacrificio, de altruismo y propósito común; la *communitas* de Tahrir. La atención se centraba, pues, en aquellos momentos extraordinarios en cada movilización revolucionaria en los que las actitudes y el comportamiento se transforman repentinamente: las divisiones sectarias se disuelven, reina la igualdad de género y disminuye el egoísmo; las clases populares demuestran una notable capacidad de innovación en su activismo, autoorganización y toma democrática de decisiones. Esos episodios sobresalientes merecen ciertamente ser subrayados y documentados; sin embargo, el foco en la «revolución como movimiento» ha servido para oscurecer la naturaleza peculiar de esas «revoluciones» en términos de cambio, diciendo muy poco sobre lo que sucede al día siguiente de la abdicación o remoción del dictador. Pueden incluso servir para disfrazar las paradojas de esos levantamientos, configurados por los nuevos tiempos políticos, en los que las grandes visiones y las utopías emancipadoras han dado paso a proyectos fragmentarios, improvisación y laxas redes horizontales.

Estrategias transformadoras

¿Estamos viviendo realmente en una época revolucionaria? En cierto sentido sí: la crisis de la democracia liberal occidental y la parva rendición de cuentas de los gobiernos en muchos países del mundo, combinadas con la creciente desigualdad y una sensación de privación que afecta a grandes sectores de la población mundial, incluidas capas bien formadas e ilustradas, sometidas al giro neoliberal, han suscitado un auténtico *impasse* político y han subrayado la necesidad de un cambio drástico. Hace una década David Harvey advirtió ese malestar al sostener que el mundo necesitaba más que nunca un *Manifiesto comunista*². Pero entonces, como ahora, un mundo necesitado de revoluciones no significa que tenga la capacidad de generarlas si carece de los medios y la visión necesaria para una transformación fundamental. En otro sentido, pues, quizá no sean tanto tiempos revolucionarios como paradójicos, cuando la posibilidad de «la revolución como cambio» –esto es, de una transformación rápida y radical del Estado– se ha visto drásticamente socavada, mientras que «la revolución como movimiento» aparece como su sustituto espectacular. Los levantamientos árabes expresan esa anomalía. No es sorprendente que sus trayectorias –dejando a un lado los casos de Libia y Siria, que asumieron la forma de guerras revolucionarias mediadas por la intervención militar extranjera– no recorran ninguna de las vías conocidas para el cambio político –reforma, insurrección o implosión– y parezcan tener un carácter propio.

Históricamente, los movimientos sociales y políticos que siguen una estrategia reformista suelen organizar una campaña prolongada desde las instituciones del régimen existente para ejercer presión sobre él y obligarlo a emprender reformas. Basándose en su poder social –la movilización de las clases populares–, la oposición fuerza a la elite política a reformar sus leyes e instituciones, a menudo mediante algún tipo de pacto negociado. El cambio tiene lugar en el marco de los dispositivos políticos existentes. La transición a la democracia en países como Brasil y México en la década de 1980 fue de esa naturaleza. El movimiento verde iraní está siguiendo una vía reformista similar. En esa trayectoria, la profundidad y amplitud de las reformas puede variar: el cambio puede ser superficial, pero también puede ser profundo si se concreta en reformas legales, institucionales y político-culturales acumulativas.

² David Harvey, *Spaces of Hope*, Edimburgo, 2000 [ed. cast.: *Espacios de esperanza*, Madrid, 2003].

La vía insurreccional, en cambio, requiere un movimiento revolucionario construido durante un largo periodo de tiempo y que desarrolle un liderazgo reconocido y una estructura organizativa, junto con un proyecto de un orden político nuevo. Cuando el régimen vigente despliega su aparato policial o militar intentando impedir cualquier cambio, comienzan a producirse defecciones que resquebrajan el bloque dominante. El campo revolucionario se mantiene a la ofensiva, atrae a los disidentes, forma un gobierno en la sombra y construye estructuras de poder alternativas, con lo que desafía la capacidad del Estado para gobernar su propio territorio, creando una situación de «doble poder» entre el régimen y la oposición, que acostumbra a disponer de un líder carismático del tipo de Lenin, Mao, Castro, Jomeini, Wasesa o Havel. Allí donde la revolución tiene éxito, la situación de doble poder culmina en una batalla insurreccional en la que el campo revolucionario toma el poder por la fuerza, disuelve los viejos órganos de poder y establece otros nuevos. Se produce así una transformación general del Estado, con nuevo personal, una nueva ideología y una forma de gobierno alternativa. La revolución cubana de 1959 o la sandinista en Nicaragua y la iraní, ambas en 1979, siguieron ese curso insurreccional. El régimen de Gadafi se vio igualmente enfrentado a una insurrección revolucionaria bajo el liderazgo del Consejo Nacional de Transición, que con el respaldo de la OTAN avanzó finalmente desde Bengasi hasta conquistar Trípoli.

Existe una tercera posibilidad: la de una «implosión del régimen». Una rebelión puede ganar impulso mediante huelgas y otras formas de desobediencia civil, o mediante una guerra revolucionaria que rodea progresivamente la capital, de manera que el régimen acaba colapsando entre disturbios, desertiones y un desorden total. En su lugar, elites alternativas forman apresuradamente nuevos órganos de poder, a menudo en una situación de confusión y desorden, con gente poco experimentada en la Administración pública. El régimen de Ceaușescu en Rumanía implosionó entre la violencia y el caos político en 1989, y fue sucedido por un orden político y económico muy diferente encabezado por una institución recién creada, el Frente de Salvación Nacional encabezado por Ion Iliescu. Tanto en la insurrección como en la implosión, los intentos de transformar el sistema político no operan a través de las instituciones estatales existentes, sino fuera de ellas, a diferencia de lo que sucede en la vía reformista.

Movimientos sui generis

Las «revoluciones» egipcia, tunecina y yemení se parecieron muy poco a cualquiera de esos modelos. Una primera peculiaridad a señalar es su velocidad. En Egipto y Túnez poderosos levantamientos de masas lograron resultados notablemente rápidos: los tunecinos en el curso de un mes y los egipcios en tan solo dieciocho días consiguieron desalojar gobernantes autoritarios que llevaban mucho tiempo en el poder y dismantelar numerosas instituciones asociadas con ellos –incluidos sus partidos políticos, cuerpos legislativos y ministerios– al mismo tiempo que emprendían planes de reforma política y constitucional. Esas victorias se alcanzaron de un modo que era, en relación con los patrones acostumbrados, notablemente cívico y pacífico, así como rápido. Pero esas prontas victorias –a diferencia de las prolongadas rebeliones en Yemen y Libia, o las de Bahréin y Siria, que todavía no han concluido– dejaron poco tiempo a la oposición para construir sus propios órganos de gobierno paralelos, si es que esa hubiera sido su intención. En realidad, los revolucionarios parecían querer que las instituciones del régimen –el ejército egipcio, por ejemplo– llevaran a cabo sustanciales reformas por cuenta de la revolución: modificar la Constitución, convocar elecciones, garantizar la libertad de los partidos políticos e institucionalizar un gobierno democrático. Ahí reside una anomalía clave de esas revoluciones: disfrutaban de enorme prestigio social, pero carecían de autoridad administrativa; consiguieron un grado notable de hegemonía, pero no el gobierno real. Así, los regímenes anteriormente vigentes siguieron más o menos intactos; hubo pocas instituciones estatales nuevas o nuevos medios de gobierno que pudieran encarnar la voluntad de la revolución. En la medida que emergieron nuevas estructuras, pronto fueron ocupadas no por revolucionarios, sino por «arribistas», las corrientes políticas tradicionalmente bien organizadas cuyos líderes habían permanecido en buena medida al margen cuando comenzó la batalla contra la dictadura.

Cierto es que las revoluciones de 1989 en Europa Central y Oriental fueron también asombrosamente rápidas y en su mayoría no violentas. En Alemania Oriental llevó diez días, en Rumanía solo cinco. Y lo que es más, a diferencia de Egipto, Yemen o incluso Túnez, en ellas se produjo una transformación total de sus sistemas políticos y económicos nacionales. Cabría explicar esto diciendo que la diferencia entre lo que tenía el pueblo –un Estado comunista de un solo partido, una economía ferreamente dirigida– y lo que quería –democracia liberal

y economía de mercado— era tan radical que la trayectoria de cambio tuvo que ser revolucionaria; reformas superficiales a medias habrían sido fácilmente denunciadas y combatidas³. El modelo seguido fue muy diferente en Egipto o Túnez, donde las exigencias de «cambio», «libertad» y «justicia social» estaban tan poco definidas que podría habérselas apropiado hasta la contrarrevolución. En este sentido, las experiencias egipcia y tunecina se parecen mucho a la «Revolución Rosa» en Georgia en 2003 o la «Revolución Naranja» en Ucrania en 2004-2005: en ambos casos un movimiento popular amplio y masivo derribó a los gobernantes corruptos y en ambos la trayectoria seguida fue, estrictamente hablando, más reformista que revolucionaria.

En los levantamientos árabes había, no obstante, un aspecto más prometedor, un poderoso impulso revolucionario que los hacía más completos y de mayor alcance que las protestas en Georgia o Ucrania. En Túnez y Egipto la caída de los dictadores y de sus aparatos de coerción abrió a los ciudadanos, sobre todo de las clases populares, un espacio libre sin precedentes para reclamar su protagonismo en la sociedad y reafirmarse como tales. Al igual que en la mayoría de las situaciones revolucionarias, se liberó una enorme energía y una sensación incomparable de renovación transformó la esfera pública. Surgieron de las sombras partidos políticos ilegalizados y se crearon otros nuevos: doce cuando menos en Egipto y más de un centenar en Túnez. Las organizaciones sociales se hicieron oír más enérgicamente y comenzaron a surgir notables iniciativas populares. Al disminuir la amenaza de persecución, los trabajadores emprendieron porfiadas luchas por sus derechos y se multiplicaron las acciones y protestas insumisas en las fábricas. En Túnez los sindicatos existentes cobraron un papel más destacado.

En Egipto los trabajadores crearon nuevos sindicatos independientes; la Coalición de Trabajadores de la Revolución del 25 de Enero proclamó los principios de la revolución: cambio, libertad, justicia social. Los pequeños campesinos también crearon sindicatos independientes. Los chabolistas de El Cairo comenzaron a construir sus primeras organizaciones autónomas; grupos de jóvenes luchaban por mejorar sus asentamientos miserables, emprendiendo proyectos civiles y reclamando orgullosamente sus derechos. Los estudiantes salieron a las calles para exigir al

³ En el caso alemán, las instituciones estatales implosionadas de la RDA pudieron ser fácilmente disueltas y asimiladas por las funciones gubernamentales de la RFA.

Ministerio de Educación que modificase sus planes de estudio. Se formaron nuevos grupos –en Egipto, el Frente Revolucionario Tahrir y en Túnez, el Cuerpo Supremo para Realizar los Objetivos de la Revolución– para ejercer presión sobre las autoridades posrevolucionarias en procura de reformas significativas. Evidentemente, representaban niveles de movilización popular muy propios de esos tiempos excepcionales; pero lo que definía el auténtico espíritu de esas revoluciones era la extraordinaria sensación de liberación, la urgencia de autorrealización, el sueño de un orden social justo, en resumen, el deseo de «todo lo que es nuevo». Sin embargo, a medida que esas capas sociales masivas iban más allá que sus elites, quedó de manifiesto la principal anomalía de esas revoluciones: la discrepancia entre el deseo revolucionario de lo «nuevo» y una trayectoria reformista que podría llevar a restablecer lo «viejo».

¿Reforluciones?

¿Cómo podemos entender entonces las revueltas árabes, dos años después del derrocamiento de Mubarak y Ben Alí? Hasta el momento, las monarquías jordana y marroquí han optado por reformas políticas menores; en Marruecos, el cambio constitucional permitió formar gobierno al líder del principal partido del parlamento. En Siria y Bahreín prolongadas batallas contra el poder dictatorial de sus regímenes indujeron a los alzados a optar por la vía insurreccional, cuyo resultado está todavía por ver. El régimen libio fue derrocado en una violenta guerra revolucionaria. Pero los levantamientos en Egipto, Yemen y Túnez siguieron una trayectoria particular, que no se puede caracterizar ni como «revolución» *per se* ni como simples medidas de «reforma». Más bien podríamos hablar de «reforluciones» [*refolution*]: revoluciones que pretenden impulsar reformas en y a través de las instituciones previamente existentes⁴.

Como tales, las «reforluciones» incorporan realidades paradójicas. Poseen la ventaja de asegurar transiciones ordenadas, evitando la violencia, la destrucción y el caos, males que incrementan espectacularmente el coste del cambio; se pueden evitar así los excesos revolucionarios, el «reinado

⁴ El término «reforlución» [*refolution*] fue acuñado por Timothy Garton Ash en junio de 1989 para describir los primeros pasos de la reforma política en Polonia y Hungría como consecuencia de las negociaciones entre las autoridades comunistas y los dirigentes de los movimientos populares: Timothy Garton Ash, «Refolution, the Springtime of Two Nations», *The New York Review of Books*, 15 de junio de 1989; mi uso del término aquí es, empero, claramente diferente.

del terror» y los juicios sumarísimos. Sin embargo, la posibilidad de transformaciones genuinas mediante reformas sistemáticas y pactos sociales dependerá de la movilización y vigilancia continua de las organizaciones sociales –capas populares, asociaciones civiles, sindicatos, movimientos sociales, partidos políticos– y de que estas sean capaces de ejercer una presión constante. De otro modo, las «reforluciones» conllevan el constante peligro de la restauración contrarrevolucionaria, precisamente porque la revolución no ha recreado las instituciones clave del poder estatal. Cabe imaginar que intereses poderosos, heridos por la furia de los levantamientos populares, traten desesperadamente de reagruparse, instigando al sabotaje y la propaganda deslegitimadora. Las elites derrotadas pueden extender el cinismo y el miedo invocando el «caos» y la inestabilidad para generar nostalgia por los «tiempos seguros» del antiguo régimen. Los altos funcionarios, *apparatchiks* del partido antes gobernante, directores de periódicos, grandes hombres de negocios y oficiales agraviados de los servicios de seguridad e inteligencia, podrían infiltrarse en las instituciones de poder y propaganda para hacer virar la situación a su favor.

En Yemen los elementos principales del viejo régimen han permanecido intactos, aunque una renovada sensación de libertad y activismo independiente promete impulsar la reforma política. En Túnez los viejos grupos dominantes y mafias económicas, con una densa red de facciones políticas y organizaciones empresariales a su disposición, parecen dispuestos a contraatacar y bloquear la vía hacia un cambio genuino. En Egipto el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas fue responsable de una amplia represión, encarcelando a gran número de revolucionarios y cerrando organizaciones críticas de oposición. El peligro de la restauración, o de un cambio meramente superficial, se hace más serio al disminuir el fervor revolucionario mientras se reanuda la vida cotidiana y la gente se siente desencantada, condiciones que han comenzado a aparecer en toda la escena política árabe.

Tiempos diferentes

¿Por qué asumieron ese carácter «reforlucionario» los levantamientos árabes, con la excepción de los de Libia y Siria? ¿Por qué permanecen incólumes las instituciones clave del viejo régimen, mientras que las fuerzas revolucionarias se ven marginadas? Esto tiene que ver en parte con la caída tan rápida de los dictadores, que dio la impresión de que las revoluciones habían acabado y conseguido sus objetivos, sin que se diera

un cambio sustancial en la estructura de poder. Como hemos visto, esta rápida «victoria» no dejó mucho margen de maniobra a los movimientos para establecer órganos de poder alternativos, aunque lo hubieran intentado; en este sentido eran revoluciones autolimitadas. Pero también había en juego algo más: los revolucionarios permanecieron fuera de las estructuras del poder porque no se planteaban siquiera apoderarse del Estado; cuando en un momento posterior percibieron que debían hacerlo, carecían de los recursos políticos necesarios —organización, liderazgo, visión estratégica— para disputar el control a los restos del antiguo régimen y a «arribistas» como los Hermanos Musulmanes o los salafistas, que habían desempeñado un papel muy limitado en el levantamiento, pero que estaban organizativamente preparados para tomar el poder. Una de las principales diferencias entre los recientes levantamientos árabes y sus predecesores del siglo xx es que tuvieron lugar en una época ideológicamente muy distinta.

Hasta la década de 1990 había habido tres principales tradiciones ideológicas portadoras de la «revolución» como estrategia para un cambio fundamental: el nacionalismo anticolonial, el marxismo y el islamismo. El primero, tal como se reflejaba en las ideas de Fanon, Sukarno, Nehru, Nasser o Ho Chí Minh, concebía el orden posterior a la independencia como algo nuevo, una negación de la dominación económica y política del viejo sistema colonial y de la burguesía «compradora». Aunque sus promesas excedían con mucho su capacidad de cumplirlas, los regímenes poscoloniales realizaron algunos avances en educación, sanidad, reforma agraria e industrialización, medidas que se afianzaron mediante pactos de desarrollo nacional, como fueron Al Mithaq en Egipto (1962) o la Declaración de Arusha (1967) y la línea orientadora de Mwongozo (1971) en Tanzania. Sus principales logros se dieron en el terreno de la construcción estatal: Administración nacional, infraestructura, formación de clase, etcétera. Sin embargo, al no afrontar los problemas fundamentales de la desigualdad de la propiedad y la distribución de la riqueza, los gobiernos nacionalistas comenzaron a perder su legitimidad. Cuando los antiguos revolucionarios anticoloniales se convirtieron en administradores del orden poscolonial, dejaron de cumplir sus promesas; en muchos casos los gobiernos nacionalistas se convirtieron en autocracias cargadas de deudas y luego impulsaron programas de ajuste estructural neoliberales, si no habían sido ya derrocados por golpes militares o socavados por intrigas imperialistas. Hoy día el movimiento palestino es quizá el último que sigue combatiendo por la independencia nacional.

El marxismo fue indudablemente la corriente revolucionaria más formidable de la era de la Guerra Fría. Las revoluciones vietnamita y cubana educaron a toda una generación de radicales: Che Guevara y Ho Chí Minh se convirtieron en figuras emblemáticas, no solo en Asia, América Latina y Oriente Medio, sino también para los movimientos estudiantiles en Estados Unidos, París, Roma y Berlín. Los movimientos guerrilleros llegaron a simbolizar el radicalismo de la década de 1960. En África surgieron tras el asesinato de Lumumba y contra el endurecimiento del *apartheid* en Sudáfrica. Durante la década de 1970 una oleada de revoluciones «marxistas-leninistas» desmantelaron el dominio colonial en Mozambique, Angola, Guinea-Bissau y otros lugares. Aunque la estrategia *foquista* promovida por Che Guevara no dio fruto en América Latina, a finales de la década de 1970 hubo insurrecciones victoriosas en Granada y Nicaragua, mientras que El Salvador parecía ser otro candidato probable para un avance revolucionario. Los radicales latinoamericanos encontraron un nuevo aliado en los católicos de base y hasta miembros del clero inspirados por la teología de la liberación se unieron a la lucha. En Oriente Medio el Frente de Liberación Nacional expulsó a los británicos de Adén y proclamó la República Popular de Yemen del Sur; guerrillas de izquierdas desempeñaron un papel significativo en Irán, Omán y los territorios ocupados de Palestina. El efecto de esos movimientos revolucionarios sobre el ambiente intelectual en Occidente fue innegable, contribuyendo a detonar la revolución mundial de jóvenes, estudiantes, trabajadores e intelectuales en 1968. En 1974 la Revolución de los Claveles derrocó la dictadura en Portugal. Aunque algunos partidos comunistas de Europa y el mundo desarrollado adoptaban una línea cada vez más reformista («eurocomunista»), fuerzas significativas de la tradición marxista-leninista seguían comprometidas en una estrategia revolucionaria.

Pero el panorama dio un vuelco significativo con el colapso del bloque soviético. El concepto de revolución había estado tan unido al de socialismo que la desaparición del «socialismo realmente existente» tras las movilizaciones anticomunistas en Europa oriental a finales de la década de 1980 y la victoria de Occidente en la Guerra Fría implicaban de hecho el final de la «revolución» y del desarrollo impulsado desde el Estado. El «estatismo» quedó desprestigiado como ineficiente y represivo, abocado a la erosión de la autonomía e iniciativa personal. Esto tuvo un profundo influjo sobre la idea de revolución focalizada en el poder estatal, que quedó identificada con el autoritarismo y los fracasos del bloque

comunista. El avance del neoliberalismo, iniciado en 1979-1980 con las victorias de Thatcher y Reagan y más tarde ampliado y convertido en ideología dominante en gran parte del mundo, desempeñó un papel central en este cambio de discurso. En lugar del «Estado» y la «revolución» se produjo un aumento exponencial de la plática sobre las ONG, la «sociedad civil», las «esferas públicas», etcétera; en una palabra, la reforma. El cambio gradual se convirtió en la única vía aceptable para la transformación social. Los gobiernos occidentales, las agencias de ayuda y las ONG promovieron este nuevo evangelio con mucho ardor y convicción. La expansión del sector de las ONG en el mundo árabe y más en general en el Sur global significó una transición dramática del activismo social, vertebrado por intereses colectivos, al énfasis en la autoayuda individual en un mundo competitivo. En estos tiempos neoliberales, el espíritu igualitario de la teología de la liberación ha dado paso a un arrebato global de cristianismo neoevangélico inspirado en el interés individual y la acumulación.

La tercera tradición era la del islamismo revolucionario, un rival ideológico del marxismo que, sin embargo, llevaba impreso el sello de su oponente laico. Desde la década de 1970 los movimientos islamistas militantes recurrieron a las ideas de Sayyid Qutb en su batalla contra los Estados laicos del mundo musulmán; el propio Qutb había aprendido mucho del líder islamista indio Abul Ala Maududi, quien a su vez se había sentido impresionado por la estrategia organizativa y política del Partido Comunista de la India. Su folleto de 1964 *Ma'alim fi al-Tariq* [Hitos], en el que proponía que una vanguardia musulmana se apoderara del Estado *jahili* «ignorante de Dios» y estableciera un auténtico orden islámico, se convirtió en el equivalente islamista del *¿Qué hacer?* de Lenin, orientando la estrategia de grupos militantes como Yihad, Gama'a al-Islamiyya, Hizb ut-Tahrir y Laskar Yihad. Varios antiguos izquierdistas –como Adel Hussein, Mustafa Mahmud o Tariq al-Bishri– se pasaron al campo islamista, aportando consigo ideas de la tradición marxista-leninista. La revolución iraní de 1979 recurría tanto a ideas izquierdistas como a *Ma'alim fi al-Tariq*, que había sido traducido al farsi por el ayatolá Jamenei, el actual líder supremo. Las organizaciones Fedayan-e-Jalq [Fedayines del Pueblo] marxista-leninista y Moyahedin-e-Jalq [Muyahidines del Pueblo] marxista-islamista, desempeñaron un papel significativo en la radicalización de la oposición a la dictadura del Sa, aunque un papel más importante quizá fue el del teórico popular Ali Shariati, quien, cuando estudiaba con el autor izquierdista francés

Georges Gurvitch, había hablado apasionadamente de la «revolución» como una combinación de ideas marxistas y religiosas, invocando una «divina sociedad sin clases»⁵. El concepto de revolución fue, por lo tanto, central en el islamismo militante, tanto en su variante suní como chií, diferenciándose muy claramente de la estrategia electoral de los Hermanos Musulmanes, que aspiraban a obtener apoyo social suficiente para conquistar el Estado por medios pacíficos⁶.

Pero a principios del nuevo milenio cristiano la fe de los islamistas en la revolución había perdido fuelle. En Irán, por ejemplo, la palabra «revolución», antes apreciada, había quedado asociada con la destrucción y el extremismo, al menos en el momento de la victoria presidencial de Mohammad Jatamí en 1997. El islamismo –entendido como un movimiento que entiende el islam como un sistema totalizador que ofrece soluciones a todos los problemas sociales, políticos y económicos, poniendo el acento en las obligaciones más que en los derechos– estaba entrando en crisis. Los disidentes argumentaban que, en la práctica, el «Estado islámico» promovido por la línea dura iraní, el partido islamista conservador paquistaní Yamaat-e-Islami y la milicia islamista indonesia Laskar Yihad, entre otros, estaba perjudicando tanto al islam como al Estado. A finales de la década de 1990 y principios de la de 2000 se produjo el ascenso de lo que he llamado tendencias posislamistas, que son todavía religiosas y no laicas, pero pretenden trascender la política islamista promoviendo una sociedad piadosa y un Estado laico, combinando la religiosidad con los derechos en distintos grados. Corrientes posislamistas como el AKP turco, el partido Ennahda [Renacimiento] de Túnez y el Partido de la Justicia y el Desarrollo marroquí siguen una vía reformista hacia el cambio político y social, insistiendo en los lemas de la era posterior a la Guerra Fría: «sociedad civil», responsabilidad, no violencia y gradualismo⁷.

⁵ Asef Bayat, «Shariati and Marx: A Critique of an “Islamic” Critique of Marxism», *Alif: Journal of Comparative Poetics*, núm. 10, 1990.

⁶ Resulta curioso que Al Qaeda, el más militante y violento de los grupos yihadistas, fuera y sea esencialmente no revolucionario, debido a su carácter multinacional y sus difusos objetivos, tales como «salvar al islam» o «combatir a Occidente», y a la idea de la yihad como fin en sí mismo. Véase Faisal Devji, *Landscapes of Jihad*, Ithaca, 2005.

⁷ Asef Bayat (ed.), *Post-Islamism: The Changing Faces of Political Islam*, Nueva York, 2013.

Esperanzas atenuadas

Los levantamientos árabes se produjeron en un momento en que el declive de las principales ideologías de oposición –nacionalismo anti-colonial, marxismo-leninismo e islamismo– había deslegitimado la propia idea de «revolución». Se trataba de una era muy diferente de la de, digamos, finales de la década de 1970, cuando en Irán mis amigos y yo mismo solíamos invocar esa idea, aunque pareciera improbable; paseando en bicicleta por los opulentos barrios del norte de Teherán, discutíamos cómo se podrían tomar los palacios del Sah y redistribuir aquellas mansiones fastuosas. Pensábamos en términos de revolución. Pero en el Oriente Próximo del nuevo milenio prácticamente nadie imaginaba ya el cambio en esos términos; pocos activistas árabes habían concebido una estrategia revolucionaria, aunque pudieran soñar con ella. Lo que se deseaba en general era una reforma, o un cambio significativo en el seno de los dispositivos políticos existentes. En Túnez prácticamente nadie hablaba de «revolución»; de hecho, bajo el Estado policial de Ben Alí, la intelectualidad había sufrido una «muerte política», como me dijo alguien⁸. En Egipto los movimientos Kifaya y 6 de Abril, pese a sus tácticas innovadoras, eran esencialmente reformistas, en cuanto que no disponían de una estrategia para el derrocamiento del Estado. Algunos de sus activistas recibieron al parecer entrenamiento en Estados Unidos, Qatar o Serbia, principalmente en los terrenos de seguimiento de las elecciones, protestas no violentas y construcción de redes. En consecuencia, los effluvis que transpiraban cuando se produjeron los levantamientos no eran revolucionarios *per se*, sino «reforlucionarios», esto es, movimientos revolucionarios que pretendían obligar a los regímenes existentes a autorreformarse.

En realidad, no es preciso que la gente tenga una idea muy clara de la «revolución» para que suceda; los levantamientos de masas suelen tener poco que ver con las teorizaciones sobre ellos. No pueden ser diseñados y planeados, aunque haya gente que los diseñe y planee. Las revoluciones «simplemente» suceden. Pero tener o no ideas sobre las revoluciones sí influye decisivamente sobre su resultado cuando se producen. El carácter «reforlucionario» de los levantamientos árabes significa que, como mucho, quedan inacabados, ya que las instituciones e intereses clave de los viejos regímenes –y de los arribistas, Hermanos Musulmanes y

⁸ Véase también Beatrice Hibou, *The Force of Obedience*, Cambridge, 2011.

salafistas– siguen frustrando las exigencias de un cambio significativo. El resultado puede ser doloroso para todos los que esperaban un futuro justo y digno.

Puede haber algún consuelo en recordar que la mayoría de las grandes revoluciones del siglo XX –Rusia, China, Cuba, Irán– que consiguieron derrocar los viejos regímenes autocráticos los sustituyeron rápidamente por nuevos Estados igualmente autoritarios y represivos. Las alteraciones sustanciales en el orden y la administración son otro efecto colateral del cambio revolucionario radical. Libia, donde el régimen de Gadafi fue violentamente derrocado, puede no ser objeto de envidia para los militantes egipcios o tunecinos. La combinación de la brutalidad de Gadafi y los intereses occidentales en el petróleo libio dio lugar a una insurrección violenta y destructiva, ayudada por la OTAN, que puso fin al viejo régimen despótico; pero la nueva administración tiene todavía que dar lugar a una entidad política más inclusiva y transparente. El Consejo Nacional de Transición* siguió manteniendo oculta la identidad de la mayoría de sus miembros, sin dar cuenta tampoco de los procesos seguidos para tomar decisiones. Las divisiones internas entre islamistas y laicos, su falta de autoridad efectiva sobre varios grupos milicianos errantes y sus débiles capacidades administrativas lo equipaban mal para las tareas de gobierno⁹. El país experimentó importantes trastornos –en seguridad, administración de las infraestructuras y abastecimiento de recursos básicos– antes de transferir su autoridad al Congreso General de la Nación.

Pero no se trata tanto de descartar la idea de revoluciones radicales, en las que hay muchos aspectos positivos, entre los cuales, los más obvios son la novedosa sensación de liberación, la libre expresión y las posibilidades abiertas de un futuro mejor, sino de poner de relieve el hecho de que el derrocamiento revolucionario de un régimen represivo no garantiza de por sí un orden más justo e inclusivo. De hecho, las revoluciones ideológicas radicales pueden llevar en su seno la semilla de un dominio autoritario, ya que la revisión del Estado y la eliminación de la disidencia puede dejar poco espacio para el pluralismo y una competencia política amplia. La «reforlución», en cambio, puede crear un mejor ambiente

* Disuelto formalmente el 8 de agosto de 2012 [N. del T.].

⁹ Ranj Alaaldin, «Libya: Defining its Future», en Toby Dodge (ed.), *After the Arab Spring: Power Shift in the Middle East?*, Londres, 2012.

para la consolidación de la democracia electoral porque, por definición, es incapaz de monopolizar el poder estatal, y el surgimiento de múltiples centros de poder –incluidos los de la contrarrevolución– puede neutralizar los excesos de las nuevas elites políticas. Por eso es improbable que los Hermanos Musulmanes en Egipto o el partido Ennahda en Túnez puedan monopolizar el poder como lo hicieron los jomeinistas en el Irán posrevolucionario, precisamente porque toda una variedad de poderosos intereses, incluidos los del antiguo régimen, siguen activos y eficaces.

Puede valer la pena, pues, considerar otra idea de «revolución» siguiendo las líneas desarrolladas por Raymond Williams en *The Long Revolution*, esto es, un proceso que es «difícil», en cuanto que es complejo y multifacético, «total», –lo que significa que no es solo económico, sino también social y cultural–, y «humano», afectando a las estructuras más profundas de las relaciones y los sentimientos¹⁰. Por consiguiente, más que esperar rápidos resultados o preocuparse por plantear reivindicaciones radicales, podríamos considerar los levantamientos árabes como «largas revoluciones» que pueden dar fruto dentro de diez o veinte años estableciendo nuevas formas de hacer las cosas, un nuevo modo de pensar sobre el poder. Lo que está en juego, en cualquier caso, no son preocupaciones semánticas sobre cómo definir las revoluciones, sino los difíciles problemas de las estructuras de poder y los intereses creados. Y se caracterice como se quiera el proceso –como «larga revolución» o como algo que comienza con la transformación radical del Estado–, la cuestión crucial es asegurar un cambio fundamental desde el viejo orden autoritario a un orden democrático significativo, al tiempo que se elude la coerción violenta y la injusticia. Aun así, algo es seguro: el tránsito desde lo «viejo» opresivo a lo «nuevo» liberador no se producirá sin grandes luchas y una incesante movilización popular, tanto en el terreno público como en el privado. De hecho, la «larga revolución» puede haber comenzado justo cuando concluye la «revolución corta».

¹⁰ Anthony Barnett, «We Live in Revolutionary Times, But What Does This Mean?», *Open Democracy*, 16 de diciembre de 2011.

